

Sociologando

Entablando vinculaciones entre la sociedad de consumo, las sensibilidades y las políticas sociales desde el sur global

Beginning entails between the company of consumption, the sensibilities and the social policies from the global south

Andrea Dettano (1988, argentina, Universidad de Buenos Aires, Argentina)

María del Pilar Lava (1981, argentina, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina)

andreadettano@gmail.com, pilar.lava@gmail.com

Resumen



El propósito de este trabajo es aportar una vía, no exhaustiva, de articulación entre las cualidades de la denominada “sociedad de consumo” y las políticas sociales bajo la forma de Programas de Transferencia Monetaria Condicionada (PTMC) aplicados de forma masiva en los

países de América Latina y el Caribe. Dicha articulación busca entablar las conexiones entre el modo de acumulación vigente en un país del sur global neocolonial como Argentina, la estructura de sensibilidades propiciadas por la sociedad de consumo y las políticas sociales aplicadas en las últimas décadas. Para ello se realiza un recorrido por tres fases analíticas de la sociedad de consumo contemporánea y se parte del supuesto de que el consumo ha estado íntimamente ligado a los orígenes del sistema capitalista. La última fase, donde se hace mayor énfasis, se caracteriza por la mercantilización creciente de los modos de vida, en tanto formas de ser y estar con otros. La lógica y cualidades de esta última fase penetran incluso en las formas que asumen las intervenciones estatales, con lo cual se configura como incentivos al consumo.

Palabras clave: consumo, estructura de sensibilidad, mercantilización de la vida, políticas sociales.

Recibido: 23-06-2014 → **Aceptado:** 20-07-2014

Abstract

The aim of this paper is to provide a way, not exhaustive, of articulation between the qualities of the so-called “consumer society” and social policies in the form of Conditional Cash Transfer Programs (CCTP) applied massively in Latin America and the Caribbean countries. This joint seeks connections between the accumulation mode in a neocolonial country from the global south as Argentina, the structure of sensibilities encouraged by the consumer society and social policies in recent decades. This article proposes a review of the three analytical phases of contemporary consumer society on the assumption that consumption has been intimately linked to the origins of the capitalist system. The last phase, where greater emphasis is placed, is characterized by the increasing commodification of lifestyles, as ways of being and being with others. Logic and qualities of this last phase penetrate even the forms taken by state interventions, configured as consumption incentives.

Key words: consumption, mercantilization of life, social policies, structure of sensibilities.

Introducción

Desde un cruce de la sociología del consumo y la sociología las emociones, se persigue describir los rasgos centrales de la estructura de sensibilidades que habilita la sociedad de consumo contemporánea del sur global. Tomando el consumo en tanto práctica que atraviesa a todas las clases sociales se explora en las relaciones existentes entre política social, sociedad de consumo y estructura de sensibilidades. Con dicho propósito, el presente escrito desarrolla la siguiente estrategia argumentativa: en primer lugar, se describen las transformaciones acontecidas en la denominada “sociedad de consumo” mediante la periodización de tres fases analíticas, que muestran la relación entre producción, consumo y estructura de sensibilidades. Luego, desde el sur global, se establece un paralelismo entre el hombre de fe/religioso y el hombre de la sociedad de consumo del siglo XXI (Scribano, 2013) y se definen los rasgos centrales de la “religión neocolonial”. Entendiendo a la misma como estructura estructurante de la soportabilidad de la vida en los países neo-coloniales dependientes por medio del consumo mimético, el solidarismo y la resignación. Dicha religión permite vislumbrar en conexión con las distintas fases desarrolladas el modo en que el consumismo ha devenido en organizador de los modos de vida. Posteriormente, se reflexiona sobre el rol de las políticas sociales a partir de visualizar los eslabones de una cadena, donde el primer eslabón se conforma por el desenvolvimiento de una economía de mercado, el segundo lo constituye la conformación del sistema capitalista y del *estado moderno*, y el tercero la denominada “cuestión social”; así mismo, sobre el modo en que las políticas sociales construyen sociabilidades. A continuación, en el cuarto apartado, se vinculan los rasgos de la sociedad de consumo y las intervenciones que asumen las políticas sociales actuales en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que atienden a las formas que estas adquieren, como transferencias de dinero; es decir, como Programas de Transferencias Monetarias Condicionadas (PTMC). Finalmente, en el quinto apartado, se presentan las reflexiones finales.

Sociedad de consumo

Desde un cruce de la sociología del consumo (Lipovetsky, 2007; Bauman, 2007; Illouz, 2009) y la sociología de las emociones (Scribano y Cervio, 2010; Scribano, 2013), se persigue describir los rasgos centrales de la estructura de sensibilidades¹ que habilita la sociedad de consumo contemporánea. En esta línea se busca indagar cómo los agentes realizan la pro-

¹ Seguimos aquí con distancias y proximidades la concepción de “estructuras del sentir”, de Raymond Williams.

ducción y reproducción de su vida cotidiana atravesados por el consumo en tanto forma de ser y estar con otros.

Desde las ciencias sociales en general, y desde la sociología en particular, se ha conceptualizado a la sociedad actual como sociedad de consumo. Dicha denominación surge por primera vez en los años 1920, se populariza en 1950 y prosigue hasta nuestros días (Lipovetsky, 2007). La misma refiere a aquellas prácticas que trascienden “la satisfacción de necesidades vitales”. En este sentido, se establece una diferencia entre el consumo como condición permanente de la vida vinculado con la subsistencia biológica de los agentes (que ha tenido lugar a lo largo de la historia de la humanidad), y el consumismo como el momento en que se convierte en un aspecto central de la vida de las personas donde “nuestra capacidad de querer, de desear y de anhelar, y en especial de experimentar esas emociones repetidamente es el fundamento de toda la economía de las relaciones humanas” (Bauman, 2007:44).

Por su parte, desde los aportes de la sociología del consumo se puede periodizar analíticamente en tres fases las transformaciones acontecidas en el proceso de acumulación capitalista y su vinculación con el establecimiento de determinados patrones de consumo. Esto permitirá comprender los reordenamientos en las distancias y proximidades entre emociones y consumo, dado que “la naturaleza de las emociones está condicionada por la naturaleza de la situación social en la que los hombres sienten” (Bericat Alastuey, 2000:150 en Dettano, 2012).

La primera fase inicia alrededor de 1880 y finaliza con la Segunda Guerra Mundial, se caracteriza por la modificación de la estructura de consumo mediante la democratización paulatina de la adquisición de bienes duraderos. La segunda fase inicia en la década de 1950 y se extiende por los 30 años “dorados” del estado de bienestar keynesiano y del pleno empleo. Esta etapa se presenta como el modelo puro de la “sociedad de consumo de masas” (Lipovetsky, 2007:38) en articulación con el modelo taylorista-fordista de la organización de la producción,² que permitió un desarrollo excepcional de la productividad y una suba en los salarios de los trabajadores. En este periodo, “toda la maquinaria económica se pone aquí en juego a través de la renovación de productos, del cambio de modelos y estilos, de la moda, el crédito, la seducción publicitaria. Se estimula el crédito para adquirir las maravillas del país de Jauja, para realizar deseos inmediatos” (Lipovetsky, 2007:31). Por primera vez las masas acceden a un modo de vida asociado antaño a minorías privilegiadas. Bajo el modelo fordista o “pacto fordista”,³ el trabajador industrial es invitado a participar en el producto del trabajo a partir del consumo⁴.

Esta fase, también denominada como “sociedad de productores” (Bauman; 2007), consiste en que “las motivaciones y los deseos estaban asociados a la apropiación y posesión de bienes que asegurasen cierto confort y bienestar. Muy ligado a estos deseos subyacían las nociones de du-

rabilidad, seguridad, estabilidad. La posesión de bienes y su acumulación conformaba directamente un símbolo de protección, que permitía estabilidad a largo plazo. En este sentido, los bienes adquiridos no eran específicamente para consumo inmediato” (Dettano, 2012: 202).

La tercera fase inicia en la década de 1970 con “el fin de la ilusión” de aquella gran promesa de progreso ilimitado del modelo industrial fordista, que “suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos” (Fromm, 2013)⁵. En este sentido, Fromm (2013 [1976]) advierte que la trinidad de la “religión industrial” basada en la “producción ilimitada, libertad absoluta y felicidad sin restricciones” había fracasado conjuntamente con las contradicciones económicas del industrialismo, con lo cual se demostraba la falsedad ideológica de las dos premisas psicológicas que conducirían a dicho progreso. Las cuales consisten en: primero, la meta de la vida es la felicidad; esto es, el máximo de placer, que se define como la satisfacción de todo deseo o necesidad subjetiva que una persona pueda tener (hedonismo radical)⁶; segundo, el egotismo, el egoísmo y la avaricia, que el sistema necesita fomentar para funcionar, producen armonía y paz” (Fromm, 2013). En este sentido, el fin del “pacto fordista” y los cambios acontecidos en el modo de acumulación de capital abrieron un nuevo capítulo en las formas de organización de la producción, con severas repercusiones sobre el mercado de trabajo y la estructura de sensibilidad. En adhesión a lo expuesto, el consumismo asume una nueva función ontológica como ordenador de la vida de los agentes. En el “pacto fordista”, “la gran promesa” tenía lugar en un contexto económico próspero con un estado de bienestar keynesiano en funcionamiento, donde las prácticas de consumo se vinculaban a la creencia en un mejoramiento de las condiciones generales de vida para todos. En esta tercera fase, los estados de felicidad se asocian con las vivencias/experiencias de consumo individual y hedonista. Las metas y aspiraciones de mejoras y progreso de las condiciones de vida colectiva pierden lugar como organizador de las prácticas y de los modos de estar con otros. En el consumismo se transforma la estructura aspiracional de la sociedad, y la felicidad se asocia con el aumento permanente del volumen e intensidad de los deseos. La cotidianidad se impregna del imaginario de la felicidad consumista. La felicidad se presenta como un objetivo supremo; esta sociedad “es quizás la única en la historia humana que promete felicidad en la vida terrenal, felicidad aquí y ahora, y en todos los años siguientes, es decir, felicidad instantánea y perpetua” (Bauman, 2007:67).

Se ha pasado a una nueva etapa al interior del desenvolvimiento de la sociedad de consumo de masas, a la cual Lipovetsky (2007) define como una ruptura dentro de la continuidad denominada: “sociedad de hiperconsumo”. En la que el productor en tanto agente social pierde impor-

² En la esfera industrial, el objetivo era fabricar productos estandarizados en grandes volúmenes, a partir de la automatización y la cadena de montaje, donde primaba la lógica de la cantidad.

³ Para mayor desarrollo del concepto, ver Dettano 2012.

⁴ Este entramado social fomentaba en los trabajadores la participación en los beneficios de la producción, desde un rol de consumidores. De este modo, el consumismo se convirtió en el pegamento que mantuvo unido los componentes del modelo fordista.

⁵ El ideal a alcanzar (incluso para el socialismo y el comunismo) era una “burguesía universalizada”, con una fuerte creencia en una libertad que se extendería a todos los miembros de la sociedad. Todos podrían lograr riquezas y comodidades, que se traduciría en felicidad para todos.

⁶ El “hedonismo radical” como forma de obtención del máximo placer tiene un fuerte correlato a lo largo de la historia, vinculado a aquellos estratos con recursos ilimitados, como las élites romanas, de otras ciudades italianas, francesas e inglesas de los siglos XVIII y XIX, que buscaban el sentido de la vida en la obtención de placer ilimitado. Lo significativo del planteo del autor que este hedonismo no sería posible como orientador de la conducta sin un cambio radical en la conducta económica.

tancia. El consumidor se encuentra al acecho de experiencias emocionales y en busca de mayor bienestar. A diferencia de la etapa fordista, en la cual el imperativo consumista estaba vinculado al orden cuantitativo, el consumo de esta fase adquiere atributos de orden cualitativo orientado a generar una satisfacción sensorial. El “consumo emocional” moviliza explícitamente los cinco sentidos en la búsqueda de sensaciones y mayor bienestar subjetivo. El avance de la tercera fase alude a “la nueva relación emocional de los individuos con las mercancías que instituyen la primacía de la sensibilidad, el cambio de significación social e individual del universo consumidor que acompaña el ímpetu individualizador de nuestras sociedades” (Lipovetsky, 2007:41). De modo tal que, en estas sociedades, abundan los incentivos al hedonismo, a la comercialización de los modos de vida, los placeres y los gustos. Las experiencias, en tanto vivencias, motorizan las prácticas de hiperconsumo.

En relación a lo dicho, la noción de “mercantilización del disfrute” permite visualizar las formas en que la adquisición de objetos o servicios determinados trae con esta un plus de goce/satisfacción que solo puede comprenderse si se analiza las formas en que las sensibilidades se encuentran mercantilizadas. Al mismo tiempo, la mercantilización de los modos de vida y la búsqueda escalada de experiencias comerciales, que emocionan y distraen; es contemporánea a una creciente exclusión del mercado laboral y a la falta de recursos básicos para la reproducción de una porción importante de la población. En su vida cotidiana, estos agentes excluidos se encuentran continuamente acosados por estímulos al consumo. En este sentido, “las presiones y las actitudes consumistas no se detiene en las fronteras de la pobreza y hoy se extienden por todas las capas sociales, incluidas las que viven de la seguridad social” (Lipovetsky, 2007:185).

Siguiendo los aportes de Baudrillard (1969), se puede encontrar una vía para entender el lugar totalizador que ocupa el consumo como ordenador social. El autor lo interpreta como un modo activo de relación -con los objetos, con otros sujetos y con el mundo- que funda todo nuestro sistema cultural. El consumo se define no por los objetos que se poseen sino por la constitución de todas las imágenes visuales, discursos y mensajes en “sustancia significativa”. “Hoy en día todos los proyectos, los deseos, las exigencias, todas las pasiones y las relaciones se abstraen (o se materializan) en signos y en objetos para ser comprados y consumidos” (1969:225). A la vez, queda descrito como una práctica idealista; es la idea de los objetos la que es consumida: su carácter de signo.

Por tanto, en estas sociedades de hiperconsumo la mercantilización de los modos de vida adquiere un carácter creciente, ya que se transforman en objeto de consumo no solamente las cosas sino también las experiencias, relaciones, modos de ser y estar con otros. Si bien las características que adquieren dichas experiencias y vivencias vinculadas al gasto varían en intensidad y modos según el espacio ocupado en la estructura social, están presentes en todas las capas sociales.

La religión neocolonial en la sociedad de consumo

Los enfoques anteriormente referidos, más allá de sus contextos de producción diferenciados, tienen el potencial de explicar cómo el proceso de estructuración de las sociedades de consumo está íntimamente vinculado a un régimen de sensibilidad determinado al configurar las experiencias interiores, la intimidad y los anhelos de los agentes. Las tres fases descritas dan cuenta de cómo el consumismo se ha transformado en un aspecto

central de la estructura de sensibilidad contemporánea y en un organizador de los modos de vida.

Sin embargo, desde y para el sur global se han producido interpretaciones sobre el capitalismo como religión que permiten estudiar las transformaciones en el proceso de acumulación, recientemente reseñado, lo cual establece un paralelismo entre el hombre de fe/religioso y el hombre de la sociedad de consumo del siglo XXI (Scribano, 2013). Se toma como punto de partida la “religión del desamparo neocolonial” en tanto estructura de sensibilidad que reemplaza la (ya antigua) triada de la “religión industrial”, desarrollada por Fromm, por la trinidad de los expulsados.

Mientras la religión industrial se erigió sobre las premisas de la producción ilimitada, la libertad absoluta y la felicidad sin restricciones, esta nueva religión estructura la soportabilidad de la vida en los países neocoloniales dependientes a través de tres premisas: el consumo mimético, el solidarismo y la resignación (Scribano y Cervio, 2010). Dichas premisas podrían sintetizarse en: “Consuma que será feliz”, “Sea bueno alguna vez en el día” y “¡Resígnese!, porque es lo único que usted puede hacer” (Scribano y Cervio, 2010:4). A partir de allí se sitúan ciertos mandatos que asocian consumo con felicidad y resignación, como funcionales a la “soportabilidad” de la vida en tanto posibilitan una “vía de escape”. Es mediante la idea de soportabilidad que se recuperan los rasgos de la religión neocolonial que Scribano y Cervio desarrollan. El aporte consiste en visualizar la manera particular en que en los países del sur global el consumo y la resignación permiten explicar la reproducción del capital en un contexto de dominación y expulsión creciente. En este sentido, la práctica de adquisición de objetos se convierte en un modo de hacer la vida más soportable (Scribano, Cervio, 2010), a fin de establecer una articulación entre el consumo, la felicidad y/o la resignación. La práctica cobra un carácter fuertemente afectivo, implicado en el sentir cotidiano, en la manera de ver y verse en el mundo.

En suma, desde el sur global la estructura de sensibilidad de la sociedad de consumo asocia la ilusión de alcanzar la felicidad, que se ha descrito en la tercera fase y que Scribano (2013) sitúa en los rasgos de la religión neocolonial, a través de consumos. Esa ilusión de felicidad conforma “el reino de la hipocresía que se extiende entre las creencias populares y las realidades de la vida de los consumidores” siendo a la vez “condición necesaria para el buen funcionamiento de la sociedad de consumidores” (Bauman, 2007:71) en un contexto de exclusión creciente. Dicho de otro modo, y anticipando lo que se expone en el cuarto apartado, las prácticas de consumo se convierten en un elemento político que ocluye las ausencias y carencias.

Sobre las políticas sociales

En el apartado anterior, se describieron los estadios de la denominada sociedad de consumo y los rasgos que asume la misma en el sur global. A continuación, sin pretensiones de exhaustividad, se esboza un breve y posible recorrido, para caracterizar las políticas sociales, a fin de ubicar el rol que cumplen en el régimen de acumulación vigente y con el propósito de comprender la forma que asumen en las sociedades estudiadas los denominados “Programas de Transferencia Monetaria Condicionada”. Los cuales consisten en la entrega de recursos monetarios a familias en situación de pobreza o pobreza extrema con hijos menores de edad, con la condición de que estas cumplan con ciertos compromisos (condicionalidades) asociados al mejoramiento de sus capacidades humanas en ma-

teria de salud y educación, con lo cual contribuyen a evitar así la transferencia intergeneracional de la pobreza (Cecchini y Madariaga, 2011). De esta forma, desde 2010, los PTMC se aplican en 18 países de América Latina y el Caribe y alcanzan a cubrir a 113 millones de personas⁷, equivalente aproximadamente al 19% de la población de la región.

Ahora bien, la vía teórica es tomada para reflexionar sobre las políticas sociales a partir de visualizar los eslabones de una cadena. El primer eslabón se conforma por el desenvolvimiento de una economía de mercado, tal como lo describe Polanyi (2007), y pasa de la existencia de mercados aislados a un mercado autorregulador. El segundo eslabón lo constituye la conformación del sistema capitalista, como pauta de comportamiento económico, de la mano de la conformación del *estado moderno*, como su expresión política, que alberga un núcleo de tensión. El tercer eslabón lo compone la denominada “cuestión social”, la cual acompañó el desarrollo del capitalismo desde sus orígenes, y puede ser pensada históricamente como consecuencia directa de la revolución industrial. De modo tal que el capitalismo, por su lógica depredatoria, trae aparejado desde su origen la “cuestión social” a los fines de mantener el orden social y contener las “fallas” de diseño del poder. Dicha cuestión tiene lugar a partir de la toma de conciencia de las desigualdades crecientes producto de un orden económico que trae pauperismo y pobreza al no asegurar la reproducción humana.

En el capitalismo, la reproducción material de la vida depende, para aquellos que no son poseedores de los medios de producción, de la venta de su fuerza de trabajo en el mercado. La tensión nace debido a las fallas constitutivas del mercado (no todos encuentran un comprador u obtienen el salario suficiente), con lo cual quedan sumidos en una situación de privación material, que evidencia un vacío o fractura que conforma la cuestión social.

Por su parte, con la conformación del *estado moderno* queda habilitada una separación entre la dimensión jurídica y política (que pregona la igualdad formal de los sujetos) de la económica (que implica recurrir al mercado para conseguir los satisfactores básicos para la reproducción de la vida), que deja en evidencia la tensión antes citada. El *estado* se constituye como la institución que hace posible la perpetuidad de la reproducción de este régimen de acumulación, con lo cual se atenúa las luchas de clases y se permite que dicha reproducción se dé en condiciones normales.

En este marco, las políticas sociales adquieren una relevancia fundamental para la producción y reproducción social, y son pensadas como el modo en que el *estado* articula una estrategia de atención de aquellas necesidades que el mercado no consigue satisfacer. Esto supone una tensión o núcleo de tensiones que operan como síntoma de una contradicción (entre capital y trabajo; entre ciudadanía y mercado), que es inherente al sistema de producción capitalista. Entonces, la política social atiende el problema de la reproducción en sociedades atravesadas por la tensión entre la igualdad formal de los sujetos y las condiciones que impone la mercantilización creciente de los satisfactores básicos.

En suma, cabe la pregunta acerca de cuál es el vínculo entre las políticas

⁷ Para más información sobre los PTMC, ver la evaluación realizada por Cecchini, S. y Madariaga, A. (2011).

sociales, y la estructura de sensibilidades. En esta línea se sostiene que “las políticas sociales adquieren una relevancia fundamental para la producción y reproducción social. Así, las políticas sociales construyendo sociabilidades (Danani, 2004) son a su vez elaboradoras de sensibilidades: para soportar la desigualdad hay que generar un conjunto de políticas de las emociones” (De Sena y Mona, 2014:11).

A continuación se verá la forma que adquieren estas intervenciones estatales en la sociedad de consumo del sur global, y las sociabilidades que construyen en tanto modo de ser, estar con otros, con los objetos y con el mundo.

Las políticas sociales de la sociedad de consumo del sur global

Avanzando en el planteamiento, se busca hacer visible la articulación entre el régimen de acumulación vigente, las políticas sociales actuales y la estructura de sensibilidades de la sociedad de consumo. Dicho régimen, como se ha dicho, genera sus condiciones de producción y reproducción en una sociedad de consumo, que estructura la vida cotidiana de los agentes y su forma de ser y estar con otros en un contexto de mercantilización creciente de los modos de vida. En este sentido, interesa indagar las intervenciones que asumen en la actualidad las políticas sociales en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que atienden a las formas que estas obtienen, como transferencias de dinero; es decir, como Programas de Transferencias Monetarias Condicionadas (PTMC). En este contexto, se sostiene que los PTMC son congruentes con las estructuras existentes, y se adecúan a la estructura de sensibilidad de la población. En una sociedad de consumo, las políticas que tienen lugar constituyen un incentivo al consumo. Así, en países del sur global, como es el caso de la Argentina, la política social debe producir y reproducir los mecanismos de soportabilidad y dispositivos de regulación de las sensaciones (Scribano, 2007), debido a que la mercantilización de la vida adquiere escalas cada vez mayores en escenarios sociales de expulsión creciente.

En este marco se parte de la premisa de una estructura del sentir generalizada en términos de clases, donde el consumo deviene en ordenador social en tanto estructura-estructurante, que performan el disfrute en torno a la adquisición de objetos y experiencias. Lo dicho deviene en maneras diferenciales y desiguales de acceso al mercado por parte de los agentes para satisfacer el anhelo de bienes y felicidad. Concomitantemente, Neffa (2006) describe los cambios acontecidos, en lo que se ha definido como la tercera fase de la sociedad de consumo. Dicha descripción evidencia el abandono de un modo de acumulación intensivo, con consumo masivo, por un modo de acumulación extensivo con consumo masivo pero fuertemente diferenciado. Esto implica, según el autor, que para sostener determinados niveles de consumo, los agentes con menores ingresos deben, entre diversas estrategias, recurrir al crédito y/o endeudamiento para obtener bienes.

En esta línea, desde las intervenciones estatales, las políticas sociales, producen y reproducen sociabilidades articuladas por la percepción de planes y/o PTMC destinados a aquellos agentes que no logran garantizar su reproducción material, de modo tal que dichas intervenciones habilitan consumos. En este sentido, “créditos para el consumo, subsidios para el consumo, incentivos ‘oficiales’ para el consumo se cruzan y superponen con el estado consolidado y en continuo desarrollo del capitalismo en su contradicción depredación/consumo. Se producen/reproducen así unas sociedades estructuradas en torno a un conjunto de sensibilidades

cuyo contexto de elaboración lo constituyen los continuos esfuerzos por "seguir consumiendo" (Scribano, 2013:3).

Desde aquí, se sostiene que las políticas sociales construyen sociabilidades ligadas a la práctica citada y a su vez moldean una estructura de sensibilidades orientadas a la elusión conflictual/pasividad, que permiten la producción y reproducción del sistema de acumulación vigente. De este modo, los rasgos de la sociedad de consumo y las políticas sociales operan de modo congruente. "En ese nivel de vivencia, el consumo transforma la exclusión máxima del mundo en el índice máximo de seguridad. El consumo apunta a esa felicidad por defecto que es la resolución de las tensiones" (Baudrillard, 2009:17). Es posible a los fines del presente escrito vincular esta experiencia emotiva que implica el acto de consumir, caracterizada como pasiva y encarada hacia el disfrute autocentrado, con su funcionalidad, en tanto permite la reproducción de la acumulación de capital.

Conclusiones-discusión

En el presente artículo se ha trabajado sobre la vinculación de las políticas sociales, la estructura de sensibilidades y la práctica de consumo. Con este propósito se ha dado cuenta de las transformaciones que ha atravesado el modo de acumulación capitalista a la luz de la denominada "sociedad de consumo", con el fin de evidenciar la correspondencia de esta y la estructura de sensibilidades. Establecer esta conexión ha permitido ver cómo se reordenan las experiencias, prácticas y vivencias de los agentes. A su vez, a partir del desarrollo de los apartados tres y cuatro, sin pretensiones de exhaustividad, se ha dado cuenta del lugar ocupado por las políticas sociales como instrumentos de intervención estatal para paliar las "fallas" del mercado y permitir la producción y reproducción del modo de acumulación. Se ha sostenido que las políticas sociales constituyen, en primer lugar, un incentivo al consumo; y en segundo lugar, una vía para evitar la conflictividad social generada por la tensión entre la igualdad jurídica de los sujetos y la desigualdad que supone una economía de mercado.

El eje central del artículo se ha articulado a la premisa de que paralelamente con el cambio acontecido a partir de la década de 1970 en el modo de acumulación del capital hay un cambio en la estructura de sensibilidades, y en el modo de intervención de las políticas sociales. Se ha afirmado que desde el sur global, la reproducción del régimen de acumulación asume un carácter de religión neocolonial. Y que en la etapa que se corresponde a la segunda fase de la sociedad de consumo, el capitalismo para su producción y reproducción se apoyó en el "pacto fordista" y la ilusión de la gran promesa de progreso ilimitado que "suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos" (Fromm, 2013). En cambio, en la actualidad, la estructura de sensibilidades de la sociedad de consumo asocia la ilusión de alcanzar la felicidad, que se ha descrito en la tercera fase y que Scribano (2013) sitúa en los rasgos de la religión neocolonial, a través del consumo de experiencias y vivencias individualistas y hedonistas. En sociedades en las cuales la mercantilización de los modos de vida adquiere un carácter creciente, y donde las formas que adoptan las políticas sociales tienden a producir y reproducir sociabilidades ligadas a dichas estructuras de sensibilidades mediante planes y/o programas de Transferencias Monetarias destinados a aquellos agentes que no logran garantizar su reproducción material, de modo tal que dichas intervenciones habilitan consumos.



Reflexión de las editoras de sección Ángela De Sena y Yegorha Enguix: el concepto consumo se introdujo en nuestra cotidianidad desde hace ya un tiempo. Es común encontrar en diarios-revistas la noción de "sociedad de consumo", "el consumismo". El recorrido his-

tórico del concepto puede ser largo y tedioso para un comentario, pero si es menester considerar al menos dos títulos de textos contemporáneos, en los cuales se encierra el peso del consumo: "Ser o tener", del psicoanalista Erich Fromm y "Consumidores y ciudadanos", del antropólogo Néstor García Canclini. Acercándonos en el tiempo, desde la sociología, Adrián Scribano construye la noción de "consumo mimético". En esta misma línea, las autoras de este artículo observan cómo se vincula el consumo con las políticas sociales. Tomando el consumo en tanto práctica que atraviesa a todas las clases sociales, se explora en las relaciones existentes entre política social, sociedad de consumo y estructura de sensibilidades. Por lo tanto, se presenta como un modo de estructuración social. Ahora bien, una de las políticas sociales con mayor cantidad de destinatarios en América Latina son los denominados Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos (PTCI), en donde se recibe un monto determinado de dinero por el cual se debe cumplir con algún requisito (en general, refieren a asistencia escolar y controles de salud para los niños). Retornando al principio, los interrogantes podrían ser: ¿cuál es la vinculación que tienen lo PTCI con la sociedad de consumo?; ¿cómo se involucran en la construcción de consumidores?; ¿cuál es la relación PTCI y consumo en tanto modo de estructuración social? Estos interrogantes comienzan a aparecer en el artículo para abrir caminos de indagación y análisis que debemos realizar.

Referencias bibliográficas

- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid. Siglo XXI Editores.
- _____ (2010). *El sistema de los objetos*. Madrid. Siglo XXI Editores.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Cecchini, S y Madariaga, A (2011). *Programas de transferencias condicionadas. Balance de la experiencia reciente en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile. Cuadernos de la CEPAL N°95. Extraído el 10/06/14 desde: <http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/6/44126/P44126.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl>
- Cena, R y Chahbenderian, F. (2012). "El crédito y el consumo como 'condiciones' de contentar y contener a las poblaciones expulsadas". En *Revista Onteaiken*, N° 14, pp. 37-52. Extraído el 10/06/14 desde: <http://onteaiken.com.ar/ver/boletin14/1-4.pdf>
- Dettano, A. (2012). *Consumo, cuerpos y emociones en la teoría*. En A. L. Cervio (Comp.) *Las tramas del sentir: Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones*. Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires. (pp. 187-214).
- De Sena, A.; Mona, A. (2014). *A modo de introducción, las políticas sociales y las emociones*. En A. De Sena (Ed.) *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales* (pp. 9-18). Argentina, Estudios Sociológicos Editora.



Lipovetzky, G. (2007). La Felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo. Barcelona. Editorial Anagrama.

Neffa, J. (2006). Evolución conceptual de la teoría de la regulación. En De la Garza Toledo, Enrique (comp.). Teorías sociales y estudios del trabajo: Nuevos enfoques, México. Anthropos Editorial. (pp. 277-312). Disponible en:

http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/libros/teoria_social/cap9.pdf

Polanyi, K. (2007). La gran transformación. España. Fondo De Cultura Económica.

Scribano, A. (2007). La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones. En Scribano, A. (Comp.). Mapeando interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones. (pp. 119-143). Córdoba. Jorge Sarmiento Editor.

Scribano, A.; Cervio, A. (2010). “La ciudad neocolonial: Ausencias, síntomas y mensajes del poder en la Argentina del Siglo XXI”. En Sociológica Año 2, N°2. (pp. 95-116). Colegios de Sociólogos del Perú. Extraído el 10/06/14 desde:

<http://estudiosociologicos.com.ar/porta/publicaciones/cervio/cervio2010c.pdf>

Scribano, A. (2013). “Una aproximación conceptual a la moral del disfrute: normalización, consumo y espectáculo”. RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção, v.12, N°36. (pp. 738-751). Extraído el 10/06/14 desde: <http://www.cchla.ufpb.br/rbse/ScribanoDos.pdf>.